

20 años de independencia de Ucrania, Moldova y Bielarús: ¿Es tiempo suficiente para construir un Estado democrático?

20 years of independence in Ukraine, Moldova and Belarus: Is it enough to build a democratic state?

Kateryna Zarembo

Subdirectora del Institute of World Policy, Kíev, Ucrania
zarembko@iwp.org.ua

RESUMEN

A los veinte años de su independencia, Ucrania, Moldova y Bielarús, países vecinos del Este de la UE, no solo no han conseguido convertirse en estados plenamente democráticos, sino que en realidad han invertido o paralizado algunos de sus logros democráticos. Este artículo ofrece un análisis de las tendencias políticas en los tres países citados y sostiene que el acercamiento de todos ellos a la Unión Europea coexiste con algunos modelos de gobernanza y modos societales de estilo ruso. La autora argumenta que si bien la transición democrática de la región a corto o medio plazo no se puede asegurar, desde una perspectiva a más largo plazo, en cambio, la integración europea y la adopción de valores europeos en Ucrania, Moldova y Bielarús es muy probable.

Palabras clave: Ucrania, Moldova, Bielarús, democracia, UE

ABSTRACT

Twenty years on from their declaration of independence, the countries in the EU's eastern neighbourhood, Ukraine, Moldova and Belarus, have not only failed to become democratic states, their democratic progress has actually been reversed or stalled. This article provides an analysis of the political trends in the three countries, arguing that their rapprochement with the European Union coexists with certain Russian-style models of governance and societal moods. The author argues that while the region's democratic transition is not certain in the short- to middle-term, European integration and an embracing of European values in Ukraine, Moldova and Belarus is highly likely in the longer-term perspective.

Keywords: Ukraine, Moldova, Belarus, democracy, EU

Los tres países más cercanos al Este de la Unión Europea (UE) –Ucrania, Moldova y Bielarús– han celebrado su veinte aniversario como estados independientes. Los tres cuentan con regímenes autoritarios o híbridos que no han conseguido adoptar de modo convincente las normas democráticas imperantes en el mundo occidental. La literatura académica que trata esta cuestión sugiere que hay tres razones principales para ello. La primera hace referencia al fracaso de la condicionalidad de la UE en la región (Schimmelfenning et. al, 2005; Vachudova, 2005; Schimmelfenning y Scholtz, 2008), ya que, a diferencia de otros estados del centro y este de Europa, a Ucrania, Moldova y Bielarús no se les ha ofrecido la perspectiva de adhesión a la Unión y, por lo tanto, carecen de ese incentivo para su democratización. La segunda razón indica que las tácticas de la política exterior rusa han impedido la democratización de los vecinos orientales de la UE (Cameron y Orenstein, 2010). Finalmente, una tercera argumentación sostiene que la falta de identidad nacional, junto con otros factores internos como la inexistencia de una clase media y alta independientes, van en contra del pleno desarrollo democrático de los países en cuestión (Kuzio, 2002; Di Quirico, 2011). Si bien todos estos elementos son correctos hasta cierto punto, es importante subrayar que los tres países estudiados se encuentran entre dos polos de influencia, como son la UE y Rusia, cuyo poder blando y en algunos casos duro actúa sobre ellos continuamente. La ausencia de un modelo regional –como podría ser Ucrania si se convirtiera en un Estado próspero y democrático– no hace sino dificultar aún más su búsqueda de un modelo de Estado.

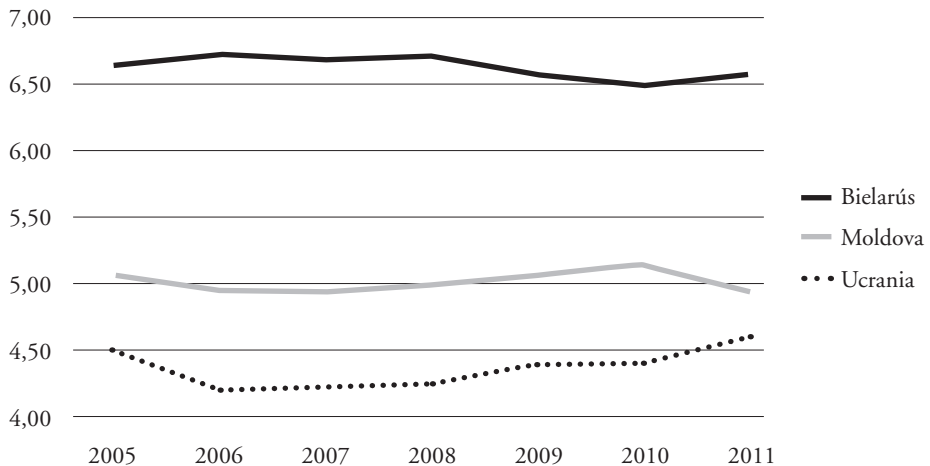
El objetivo de este artículo es, precisamente, analizar la situación actual de Ucrania, Moldova y Bielarús: su desarrollo democrático, sus perspectivas de integración en la Unión Europea en un futuro inmediato, así como el papel que estos países desempeñan en las relaciones entre la UE y Rusia.

EL VECINDARIO ORIENTAL DE LA UE: CAMPO DE BATALLA UE-RUSIA

La región es objeto de influencia tanto de la Unión Europea como de Rusia. La primera es, de lejos, la principal promotora de la democratización de la zona, al ser objetivo de su Política Europea de Vecindad exportar la democracia más allá de sus fronteras. De momento es evidente que la UE y, en particular, su Política Europea de Vecindad/ Iniciativa de la Asociación Oriental han fracasado en su intento de apoyar y fortalecer el desarrollo democrático de sus vecinos del Este. El gráfico 1 ilustra cómo se han estado desarrollando Ucrania, Moldova y Bielarús en términos de democratización desde el año

2005. La situación se puede resumir diciendo que, a los veinte años de su independencia, los tres países se encuentran, desde este punto de vista, en un punto muerto, cada uno de ellos a su manera. Algunos diplomáticos de la UE reconocen ya el fracaso de su política oriental: “Bielarús es el ejemplo más nítido [del fracaso de la política oriental de la UE]. Ucrania tampoco está a la altura de las expectativas de los Estados Miembros de la UE. Solamente queda Moldova, en la cual Bruselas ha puesto todas sus esperanzas, aunque ello difícilmente se puede considerar como una prueba del éxito de la UE en la región” (Solodkyy, 2011).

Gráfico 1. Desarrollo democrático de Ucrania, Bielarús y Moldova (2005-2011)



Fuente: Cálculos de la autora basados en las puntuaciones del nivel democrático hechas en el informe “Naciones en Tránsito” elaborado por la Freedom House. El nivel democrático se mide en una escala del 1 al 7, siendo 1 la nota más alta y 7 la más baja.

No entra dentro del objetivo de este trabajo analizar en profundidad las razones del fracaso de la UE en su intento de fomentar la democracia en la región. Baste decir que la condicionalidad de la UE en la región no ha funcionado. Por condicionalidad entendemos el ofrecimiento por parte de la UE de los Acuerdos de Asociación (AA), que incluyen la creación de una Área de Libre Comercio Amplia y Profunda (DCFTA, por sus siglas en inglés) y la liberalización del régimen de visados como principales incentivos de la Asociación Oriental. Sin embargo, la liberalización del régimen de visados no ha resultado ser un proceso ni tan a corto plazo ni tan sencillo como se esperaba, mientras que los acuerdos de asociación ni siquiera pueden utilizarse realmente como incentivos, de acuerdo con algunos funcionarios de la UE, dado que comportan unos costes muy elevados y aportan escasos beneficios a corto plazo (Popescu, Wilson, 2011).

La predisposición de la UE por incorporar en su seno a Ucrania, Bielarus o Moldova quedó de manifiesto en 2011 durante las negociaciones sobre el acuerdo de asociación entre Kíev y Bruselas. Hacia el final del período de cuatro años en el que se llevaron a cabo las negociaciones, Ucrania pidió que se incluyese en el texto del acuerdo la perspectiva de adhesión. Esta petición fue vista por muchos como un intento del Gobierno de Ucrania de paralizar las negociaciones y poner a la opinión pública en contra de la UE, dado que la posición de esta última en cuanto a mencionar la perspectiva de adhesión de Ucrania en el acuerdo era negativa y conocida desde el principio. La UE se mantuvo inflexible y rechazó la petición de Ucrania de forma categórica, pese a que estaba en juego la conclusión de las negociaciones. Según fuentes oficiales, se llegó a un compromiso en virtud del cual Ucrania proclamaría unilateralmente sus aspiraciones europeas.

Sin embargo, esta petición de Ucrania sí que tuvo un precedente. El acuerdo por el que se establecía una asociación entre las Comunidades Europeas y la república de Polonia en 1991 contenía la siguiente formulación: “se reconoce el hecho de que el objetivo final de Polonia es convertirse en miembro de la Comunidad y que esta asociación, desde el punto de vista de las partes, contribuirá a alcanzar este objetivo” (Comunidades Europeas, 1991). La UE tampoco supo proporcionar a Ucrania en 2005 una perspectiva de futura adhesión, en un momento además en el que precisamente este país era líder indiscutible entre sus vecinos del Este respecto al cumplimiento de los estándares democráticos. En el actual contexto de crisis económica y financiera, la perspectiva de la ampliación hacia el Este está lejos de formar parte de las prioridades de la UE. Como mucho, la Unión sólo puede pensar en la UE-36, que implicaría el ingreso de los países balcánicos, Islandia y Turquía, pero la fecha exacta de estos ingresos dista mucho de haber sido determinada. En definitiva, las probabilidades de que Ucrania y Moldova, y menos aún la autoritaria Bielarus, se conviertan en miembros de la UE a corto o medio plazo son prácticamente nulas.

La diferencia fundamental entre la UE y Rusia como los dos actores clave de la región está en que, como se ha mostrado más arriba, la UE se niega a aceptar a Ucrania, Moldova y Bielarus como una parte integral de Europa, mientras que Rusia está más que dispuesta a una integración profunda con su “zona de intereses privilegiados”. Por este motivo, Rusia trató al principio con desconfianza la iniciativa de Asociación Oriental de la UE, advirtiendo que no se debía plantear en contra de Rusia. De hecho, la mera existencia de Ucrania, Moldova y Bielarus durante estos veinte años, pese a las numerosas amenazas a su soberanía y fuerte dependencia de Rusia, constituyen de por sí un logro. Los ejemplos de la influencia rusa son abundantes. Con la subida al poder de Vladímir Putin, Rusia ofreció a Bielarus la plena integración o adhesión a la Federación Rusa, siguiendo el modelo de la Alemania Oriental (Trenin, 2006). Moscú ha estado ofreciendo continuamente la integración a sus vecinos occidentales, especialmente a Ucrania, mediante la Unión Aduanera, que ya incluye a Bielarus, y más recientemente

mediante la Unión Euroasiática. De hecho, Moscú incluso recurrió al chantaje contra Kíev, amenazando a Ucrania con levantar barreras comerciales en caso de que optase por la DCFTA con la UE en vez de hacerlo por la Unión Aduanera con Rusia. En cuanto a Moldova, la presencia de tropas rusas en Transnistria, y el control que ejercen de facto sobre las autoridades de esta zona, constituyen un obstáculo importante en el camino de Moldova hacia su integración en la UE. Por no hablar del poder blando de Rusia en la región y de la fuerte dependencia energética que tienen respecto a Rusia los países en cuestión. La influencia directa de Moscú sobre la *transición* democrática de la región también está bien documentada: el Kremlin ha estado apoyando continuamente al régimen de Lukashenka en Bielarús y ha contribuido a subvertir la democracia en Ucrania después de la revolución naranja, provocando cortes en el suministro energético e interfiriendo constantemente en los asuntos internos del país (Ambrosio, 2009).

Tanto si esto es una consecuencia de la política rusa como si es meramente la fase actual del desarrollo de Ucrania, Moldova y Bielarús, es obvio que las tendencias políticas a la rusa están presentes en los tres países. Para ser exactos, particularmente Ucrania y Moldova han llegado a un punto en que los logros democráticos han dado paso (en el caso de Ucrania) o podrían darlo (en el caso de Moldova) a la desilusión y a la disposición a aceptar un Gobierno fuerte y autoritario. Esto constituye en realidad una duplicación del escenario que había en Rusia cuando Vladímir Putin, con una imagen de líder fuerte, ganó claramente las elecciones presidenciales después del “caos democrático” de los años noventa. Por lo que respecta a Bielarús, la dictadura de Lukashenka se ha alimentado durante años del consenso público, al estilo del partido Rusia Unida en Rusia.

UCRANIA: LA REVOLUCIÓN NARANJA HECHA AÑICOS

En Ucrania, la idea de una “mano firme” para gobernar el país se hizo especialmente popular después del fracaso de la revolución naranja. Según las encuestas del Pew Global Attitudes Project, entre 1991 y 2009 se produjo en Ucrania un descenso en la popularidad de la democracia de un 42%. Esto en particular explica, según la mayoría de expertos, por qué Viktor Yanukovich, el *villano* de la revolución naranja apoyado expresamente por el Kremlin en 2004, ganó las elecciones presidenciales de 2010 en Ucrania (Getmanchuk, 2011). Además, un sondeo de opinión realizado por el Instituto Internacional de Sociología de Kíev en marzo de 2010 entre la población ucraniana indica que solo el 32% de los encuestados considera a Ucrania como más democrática que Rusia, mientras que un 22%

de ellos cree que Rusia es más democrática que su propio país. Por otro lado, la popularidad del régimen ruso era mayor entre los jóvenes y las personas de mediana edad (entre los 19 y los 44 años). Este resultado no deja de ser paradójico si se tiene en cuenta que tradicionalmente ha sido la generación de más edad la que ha ido asociada a una nostalgia por la Unión Soviética y por Rusia, como principal heredera de la misma.

Los casi dos años en el poder del Partido de las Regiones en Ucrania han tenido como resultado la toma de una serie de medidas que han sido condenadas por los observadores occidentales como un retroceso democrático. Entre estas medidas se cuentan las siguientes: la reforma constitucional, que reinstauró la república presidencialista en Ucrania; el hecho de que las elecciones locales “no cumplieran los estándares de transparencia e imparcialidad” (Olearchyk, Chaffin, 2010), así como que la ley electoral ignorase las recomendaciones de la Comisión de Venecia y favorezca al Partido de las Regiones en las próximas elecciones parlamentarias que se celebrarán en 2012. Finalmente, las autoridades de Ucrania perdieron totalmente la credibilidad cuando iniciaron una serie de procesos judiciales contra miembros de la oposición que habían servido en el Gobierno anterior. La detención y condena de la ex primera ministra Yulia Tymoshenko a siete años de cárcel en octubre de 2011, con cargos de abuso de poder, no solo provocó una oleada de críticas al sistema judicial ucraniano, sino que también puso en peligro la relación del país con la Unión Europea. La puesta en marcha del Acuerdo de Asociación con Ucrania, que prevé la asociación política e integración económica de Ucrania con la UE, ha sido condicionada por Bruselas a la resolución democrática del caso Tymoshenko y a la posibilidad de que todos los protagonistas clave de la oposición puedan participar en las elecciones parlamentarias (Parlamento Europeo, 2011).

El futuro de las relaciones de Ucrania con la UE es, por lo tanto, incierto. El Acuerdo de Asociación, que en el verano de 2011 parecía que iba a ser definitivamente puesto en marcha en la cumbre UE-Ucrania de diciembre de este año, firmado a mediados de 2012 y sometido luego a la ratificación de los Estados Miembros, está actualmente en el aire. Incluso antes de la condena de Tymoshenko se esperaba que el proceso de ratificación llevara unos tres años, ya que requiere la aprobación de los parlamentos de todos los Estados Miembros. En estos momentos, la fecha de la entrada en vigor del Acuerdo de Asociación es aún menos clara. En este sentido, para Bruselas, una vez concluidas las negociaciones, no es fácil aceptar un retraso en el Acuerdo de Asociación con Ucrania, ya que, por un lado, se trata del acuerdo más profundo de este tipo jamás alcanzado entre la UE y un tercer Estado. De hecho, hay evidencias de que el Acuerdo de Asociación con Kíev es considerado por la UE como el único éxito concreto de la Asociación Oriental (Jarabik, 2011b). Además, sería un caso que sentaría jurisprudencia en este tipo de relaciones contractuales en la región, con Moldova y Georgia a la espera de firmar sus propios acuerdos más adelante. Por otro lado, la Unión no puede comprometer sus valores asociándose políticamente con un país que no los comparte.

En Ucrania, mientras tanto, es muy probable que el Partido de las Regiones consolide su poder en las elecciones parlamentarias, incluso en el caso de que Yulia Tymoshenko y otros miembros de la oposición puedan tomar parte en ellas. La recientemente aprobada nueva ley electoral ha creado unas condiciones muy favorables al partido gobernante. Además, es poco probable que Viktor Yanukovych se adhiera a unos estándares democráticos durante las elecciones presidenciales de 2015. Por consiguiente, lo más probable es que se produzca una consolidación del poder en Ucrania durante otra década, a menos que estalle otra oleada popular de descontento como la que tuvo lugar durante la revolución naranja.

MOLDOVA: LA INTEGRACIÓN EUROPEA EN APUROS

En Moldova se observan tendencias similares. Pese a los recientes intentos de Bruselas por presentar a Moldova como una historia de éxito de su política hacia la Europa Oriental, cuestiones de política interna moldava han impedido que este país avance en el camino hacia su integración europea. Desde el año 2009 ha habido tres elecciones parlamentarias en Moldova, así como cinco intentos fallidos de elegir un presidente. Y no se pueden descartar otras elecciones parlamentarias anticipadas en caso de que la coalición gobernante, la Alianza para la Integración en Europa, no consiga elegir a un presidente. Algunos expertos apuntan actualmente el parecido de lo que pasa en Ucrania con la situación en Moldova, donde la permanente inestabilidad política podría llevar a la población a pedir estabilidad y favorecer la llegada al poder de un gobernante autoritario (Shumylo-Tapiola, 2011). En un escenario como el de Moldova, dicho gobernante podría salir muy probablemente del principal partido de la oposición, el Partido Comunista. Los expertos apuntan que Occidente no debe descartar este partido. No hay que perder de vista el amplio respaldo que obtuvo en las elecciones municipales en junio de 2011. De hecho, el Partido Comunista sigue siendo el mayor y más popular partido moldavo. La integración europea de Moldova, por lo tanto, podría estar en peligro. La idea de Vladímir Putin de una Unión Eurasiática recibió el apoyo entusiasta del líder comunista moldavo Vladímir Voronin (Litra, 2011). Si bien esto podría ser una parte de su táctica consistente en enfrentar a la UE con Rusia, el hecho de verse empujada hacia Rusia no es un escenario tan improbable para Moldova.

Además, la población moldava manifiesta una cierta fatiga con la UE; de hecho, su escepticismo ha llegado a su punto máximo en 2011: sólo el 47% de los electores votaría por una Moldova que se convirtiese en miembro de la UE, mientras que en el año 2007 esta cifra era del 74%. Si se tratase de elegir entre el ingreso en la Unión Europea o en la Unión Aduanera con Rusia, Bielarus y Kazajstán, un 33,8% votaría por la UE y un 45,6% por la Unión Aduanera. Y esto sin hablar de que hasta el año 2010 Vladimir Putin y Dimitri Medvédev eran los políticos más populares en Moldova, los cuales alcanzaron unos índices de popularidad de un 69,7% y un 67,4%, respectivamente¹. De hecho, la forma en que se constituyó la coalición de la Alianza para la Integración en Europa recuerda la forma en que Vladimir Putin dimitió para ocupar el cargo de primer ministro a fin de que Medvédev se convirtiera en presidente². En este contexto, por lo tanto, las tendencias en la sociedad moldava son claras: la sociedad civil está presionando para que se conceda a Moldova un régimen de visados libre al objeto de potenciar el atractivo de la UE entre la sociedad.

Incluso aunque se supere el punto muerto en el que se encuentra actualmente la política moldava, el futuro de las relaciones Moldova-UE son inciertas. Si el Acuerdo de Asociación se llega a firmar, con la zona de libre comercio DCFTA como parte del mismo, su implementación planteará algunos problemas. Fundamentalmente con relación a la secesionista república de Transnistria, reconocida por la UE y por la propia Moldova como parte integrante de esta última. Lo mismo vale para el plan de acción para la concesión de visados y para un subsiguiente potencial régimen de exención de visados con la UE. Este último puede topar con graves dificultades, dada la falta de control del Estado moldavo sobre sus fronteras. Asimismo, es probable que la creación de un área de libre comercio sea aún más complicada, ya que Chisinau es incapaz de garantizar la implementación de todas las normas y regulaciones necesarias en Transnistria (Rodkiewicz, 2011). En consecuencia, es probable que la “historia de éxito” de la política Oriental de la UE entre en un punto muerto en lo referente a la implementación de sus proyectos de integración más relevantes

1. Los datos posteriores al 2010 no están disponibles. Estas estadísticas proceden del Barómetro de la Opinión Pública del Institutul de Politici Publice (Moldova, noviembre de 2011).

2. Intuición compartida por Alyona Getmanchuk, directora del Institute of World Policy de Kiev. Entrevista realizada el 2 de diciembre de 2011.

BIELARÚS: ESPERANDO UNA REVOLUCIÓN

Siendo como es “la última dictadura en Europa”, Bielarús es probablemente el vecino oriental más complicado para la UE. La elección de Aleksandr Lukashenko como presidente en 1994 puso fin a cualquier desarrollo democrático en el país. Además, la población es una de las principales fuentes de apoyo al régimen autocrático, ya que sin el consentimiento de la opinión pública difícilmente este habría podido permanecer en el poder durante 17 años; de hecho, varios sondeos independientes que se han llevado a cabo demuestran que Lukashenko realmente habría ganado las elecciones tanto en 2006 como en 2010, en medio de una severa crisis económica (Potocki, 2011; Jarabick, 2011a).

Hasta ahora, la Unión Europea ha fracasado indudablemente en Bielarús. La política de la UE respecto a este país ha sido inconsistente desde el principio. Uno de los muchos ejemplos de ello fue la inclusión de Bielarús en la Política Europea de Vecindad, pero sin ser capaz de elaborar un plan de acción dentro de esta. De igual forma, la política de la UE ha pasado del aislamiento y las sanciones, como la prohibición de visados y la congelación de activos de los altos funcionarios bielorrusos, a la vinculación proactiva. De momento ambas opciones han resultado inútiles.

La Iniciativa de Asociación Oriental es criticada tanto por el Gobierno como por la sociedad civil bielorrusa. Sus lentos progresos en todos los países y sus defectos generales, como el escaso apoyo financiero que tiene, no pasan inadvertidos en este país. Además, la Asociación Oriental defraudó especialmente las esperanzas de la sociedad civil bielorrusa al no conseguir reforzar su papel en el diálogo UE-Bielarús (Ulakhovich, 2011). De hecho, en noviembre de 2011 entró en vigor una nueva legislación que, entre otras cosas, introdujo la responsabilidad penal de los partidos políticos y de las ONG por aceptar financiación exterior o por depositar dinero en cuentas bancarias extranjeras. La sociedad civil bielorrusa, asimismo, ha mostrado su preocupación por el enfoque de la Asociación Oriental, ya que da preeminencia a los gobiernos existentes y podría contribuir, por lo tanto, a preservar el sistema autoritario actualmente vigente en el país (ibídem).

Bruselas, por su parte, se ha esforzado mucho en reforzar los vínculos con Bielarús, y lo ha intentado incluso con incentivos económicos. Los ministros de asuntos exteriores alemán, Guido Westerwelle, y polaco, Radoslaw Sikorski, viajaron a Minsk antes de las elecciones presidenciales de 2010 con la propuesta de ofrecer 3.000 millones de euros de ayuda de la UE al país si las elecciones cumplían los estándares democráticos. Cuando este intento de democratización falló, se puso en marcha el “plan Tusk” del primer ministro polaco, que triplicaba la propuesta inicial de la UE hasta 9.000 millones de euros en caso de cumplirse tres condiciones: la liberación y rehabilitación de los presos políticos; la organización de una mesa de diálogo con la oposición; así como la celebra-

ción de las próximas elecciones parlamentarias de conformidad con los estándares de la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE). El plan podría tener éxito gracias a la difícil situación económica del país (Melyantsou, 2011). De todos modos, mientras Lukashenko esté en el poder, es poco probable que la ayuda comunitaria favorezca un cambio radical en Bielarús. No obstante, la mentalidad de la sociedad del país está cambiando gradualmente, y este es probablemente uno de los efectos que la UE puede esperar de sus políticas a más largo plazo. Las tendencias actualmente dominantes son contrarias a las que hemos visto en Moldova: mientras que, en 2006, eran un 32% de los bielorrusos los que querían que su país entrase a formar parte de la UE, en 2011 esta cifra ha subido hasta el 49%. Si hace cinco años, solamente el 29% de los ciudadanos bielorrusos estaban más de acuerdo con la entrada en la UE que con la integración en Rusia, en marzo de 2011 esta cifra es del 50,5% (en Potocki, 2011: 62).

Es difícil predecir si alguna vez –y en caso positivo en qué momento– se va a producir una revolución en Bielarús. Ales Michalevic, el candidato a las elecciones presidenciales de 2010 que huyó de Bielarús en febrero de 2011 y a quien le ha sido concedido asilo político en la República Checa, cree que en Bielarús se producirán manifestaciones de protesta masivas dentro de uno o dos años (Trudelle, 2011). La sociedad civil bielorrusa ya ha adquirido cierta experiencia en el uso de las redes sociales para organizar protestas callejeras. El ex embajador de Ucrania en Bielarús, Román Bezsmertnyi, sostiene que la revolución empezará en las cárceles, donde se encuentra una amplia representación de la élite política y empresarial del país (Glavcom, 2011). Otros expertos no excluyen escenarios a más largo plazo conectados con causas naturales, como la jubilación de Lukashenko, su dimisión forzosa u otros factores que podrían conducir a un reinicio de las privatizaciones y a la consolidación de una oligarquía económica. Esto llevaría a luchas internas por el control y a la posterior descentralización del poder, similar a la que tuvo lugar en Ucrania en los años noventa (Di Quirico, 2011).

CONCLUSIONES

Es probable que a corto y medio plazo Ucrania, Moldova y Bielarús permanezcan en la “zona gris” de Europa, oscilando entre la UE y Rusia. Con la consolidación del poder en Ucrania y la prolongación del Gobierno de Lukashenko en Bielarús, un gran avance de carácter democrático en estos países es un escenario poco probable. En cuanto a Moldova, su consolidación democrática es posible, pero no es una cuestión resuelta. Las escasas posibilidades de que el conflicto de Transnistria se resuelva a corto

plazo (Getmanchuk et. al., 2011) pueden dejar en punto muerto la integración europea de Moldova. La consolidación del poder ruso no hace más que aumentar las sombrías perspectivas que tiene la democracia en la región. Sin embargo, los tres países tendrán que orientarse en última instancia hacia la Unión Europea, principalmente porque su compromiso con Rusia constituirá una amenaza para su propia independencia. Un paso positivo en este sentido ha sido el ingreso de Moldova y Ucrania en la Organización Mundial del Comercio (OMC), así como que Bielarrús aspire también a hacerlo en 2012.

La democracia es una opción atractiva para los dirigentes de Ucrania, Moldova y Bielarrús como un todo, pero no están dispuestos a aceptar todas las limitaciones y responsabilidades que esta comporta. El desarrollo de un Estado democrático es un proceso a largo plazo que requiere no sólo nuevos líderes, sino también una evolución de la sociedad. Y lo cierto es que veinte años de independencia no han sido aún suficientes para clarificar el futuro democrático de estos tres países.

Referencias bibliográficas

- AMBROSIO, Thomas. *Authoritarian Backlash: Russian Resistance to Democratization in the Former Soviet Union*. Ashgate Pub Co., 2009. "Bolster: Russian Support for Authoritarianism in Belarus", p. 105-130. "Subvert: Undermining Democracy in Georgia and Ukraine", p. 131-158.
- CAMERON, David; ORENSTEIN, Mitchell. "Russia's Influence on Democratization in Post-Communist Europe and Eurasia". Presentado en el encuentro anual de la American Political Science Association. Washington D.C., 2 de septiembre de 2010.
- COMUNIDADES EUROPEAS. "Europe Agreement establishing an association between the European Communities and their Member States, of the one part, and the Republic of Poland, of the other part", 1991.
- DI QUIRICO, Roberto. "The prospects for democratization in the European Union Post-Soviet Neighbours: An overview". *Comparative European Politics*, n.º 9 (2011), p. 432-447.
- GETMANCHUK, Alyona (ed.) *Ukraine's Soft Power in the Region*. Kíev: Institute of World Policy, 2011, p. 12.
- GETMANCHUK, Alyona; SOLODKYY, Serhiy; YENIN, Yevhen; ZAREMBO, Kateryna. *Scenarios for the Development of the Transnistria Conflict. Challenges to European Security*. Kíev: Institute of World Policy, 2011.
- JARABIK, Balazs. "Belarus Beyond Sanctions". *FRIDE Policy Brief*, n.º 72 (abril 2011a).
- "‘Donetsk rules’ and the Looming Crisis in Ukraine". *FRIDE Policy Brief*, n.º 103 (noviembre 2011b).
- KUZIO, Taras. "National Identity and Democratic Transition in Post-soviet Ukraine and Belarus: a Theoretical and Comparative Perspective". *East European Perspectives*, vol. 4, n.º 15 (24 julio de 2002).

- LITRA, Leonid. "European Integration of the Republic of Moldova: Is It Still a National Consensus?" *Moldova's Foreign Policy Statewatch*, n.º 39 (octubre de 2011).
- MELYANTSOU Dzianis. "Eastern Partnership Summit and Belarus: Nothing for Nothing". *BISS Blitz*, n.º 4 (2011), p. 4.
- OLEARCHYK, Roman; CHAFFIN, Joshua. "US Criticizes Ukraine's Local Elections". *Financial Times* (03.11.2010).
- PARLAMENTO EUROPEO. *European Parliament resolution of 1 December 2011 containing the European Parliament's recommendations to the Council, the Commission and the EEAS on the negotiations of the EU-Ukraine Association Agreement (2011/2132(INI))*
- POPESCU, Nicu; WILSON, Andrew. "Turning Presence into Power: Lessons from the Eastern Neighbourhood". *ECFR Policy Brief*, N.º 31 (mayo de 2011), p. 3.
- POTOCKI, Rodger. Belarus: "A Tale of Two Elections". *Journal of Democracy*, vol. 22, n.º 3 (julio de 2011), p. 49-63.
- RODKIEWICZ, Witold (ed.) *Transnistrian Conflict After 20 Years*. Warsaw: Chisinau, 2011, p. 17.
- SCHIMMELFENNING, Frank; Scholtz, Hanno. "EU democracy promotion in the European neighbourhood: Political conditionality, economic development and transnational exchange". *European Union Politics*, vol. 9, n.º 2 (2008), p. 187-214.
- SCHIMMELFENNING, Frank; ENGERT, Stefan; KNOBEL, Heiko. "The impact of EU political conditionality". En: Schimmelfenning, Frank; Sedelmeier, Ulrich (eds.) *The Europeanization of Central and Eastern Europe*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2005, p. 29-50.
- SHUMYLO-Tapiola, Olga. *The Moldovan Jigsaw*. Brussels: Carnegie Europe, 21 de noviembre de 2011 (en línea): <http://carnegieeurope.eu/publications/?fa=46029>
- SOLODKYY Serhiy. "Arabska vesna, ukrainski prymorozky". *Dzerkalo Tyzhnia*, n.º 9 (11 de marzo de 2011) (en línea): http://dt.ua/POLITICS/arabska_vesna_ukrayinski_prymorozki-77204.html
- TRENIN, Dmitri. "Russia's Policy Towards Belarus: A Tale of Two Presidents". En: Forbrig, Joerg; Marples, David R.; Demes, Pavol (eds.) *Prospects for Democracy in Belarus*. Washington D. C.: GMF, 2006, p. 79-84.
- Trudelle, Alice. "On the Brink of Rebellion?" *Warsaw Business Journal* (21-27.11. 2011).
- ULAKHOVICH, Vladimir. "Belarus and the Eastern Partnership: Still a Long Way to Go". *Internationale Politik und Gesellschaft*, n.º 3 (2011), p.82-94.
- Uroky Bilorusi dlia Ukrainy*. Transcript of Press Conference with Roman Bezsmertnyi. Information and analytical agency "Glavcom", 24 de junio de 2011 (en línea). <http://glavcom.ua/articles/4072.html>
- VACHUDOVA, Milada. *Europe Undivided: Democracy, Leverage, & Integration After Communism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.